

cientas veces de la alegría al dolor, con una brusquedad cómica. Cada uno de tus personajes será un vicio, una virtud, una ridiculez encarnada, y la pasión que le atribuirás será tan frecuente, tan invariable, tan absorbente, que no parecerá ya un hombre vivo, sino una abstracción vestida de hombre. Los franceses tienen un Tartufo como tu Pecksniff; pero la hipocresía que despliega no ha destruido el resto de su ser; si se presta á la comedia por su vicio, pertenece á la humanidad por su naturaleza. Amén de su gesto, tiene un carácter y un temperamento; es recio, fornido, colorado, brutal, sensual; el vigor de su sangre le hace osado; su audacia le hace sereno; su audacia, su serenidad, la prontitud de su decisión y su desprecio de los hombres, hacen de él un gran político. Cuando ha ocupado al público durante cinco actos, todavía ofrece más de una cosa que estudiar al psicólogo y al médico. Tu Pecksniff no ofrecerá nada al médico ni al psicólogo. No servirá más que para instruir y entretener al público. Será una sátira viva de la hipocresía, y nada más. Si le das la afición al aguardiente, será de una manera gratuita; en el temperamento que le atribuyes nada lo exige: se encuentra tan engolfado en la tartufería, en la melosidad, en las frases literarias, en la moralidad tierna, que el resto de su naturaleza ha desaparecido: es una máscara, y no ya un hombre. Pero esa máscara es tan grotesca y tan enérgica, que será útil al público y disminuirá el número de los hipócritas. Ese es nuestro objeto; ese es el tuyo, y tu colección de caracteres producirá el efecto de un libro de sátiras más bien que el de una galería de retratos.

»Por la misma razón, esas sátiras, aunque reunidas, quedarán realmente desligadas, y no formarán un verdadero conjunto. Comenzaste por ensayos, y tus

grandes novelas no son más que ensayos cosidos los unos al lado de los otros. El único medio de componer un todo natural y sólido es hacer la historia de una pasión ó de un carácter: tomarlos en su nacimiento; verlos crecer, alterarse y destruirse; comprender la exigencia interior de su desarrollo. Tú no sigues ese desarrollo; mantienes siempre tu personaje en la misma actitud, es avaro, ó hipócrita, ó bueno hasta el fin, y siempre del mismo modo; no tiene, pues, historia. No puedes hacer más que modificar las circunstancias en que se encuentra; á él no le modificas: permanece inmóvil, y á cada choque que experimenta emite el mismo sonido. La diversidad de los acontecimientos que inventas no es, pues, más que una fantasmagoría entretenida: no tienen lazo, no forman un sistema, no son más que un montón. No escribirás más que vidas, aventuras, memorias, bosquejos, colecciones de escenas, y no sabrás componer una acción. Pero si el gusto literario de tu nación, unido á la dirección natural de tu genio, te impone intenciones morales, y te veda la gran pintura de caracteres y la composición de conjuntos, en cambio ofrece á tu observación, á tu sensibilidad y á tu sátira una serie de figuras originales, peculiarísimas de Inglaterra, que, dibujadas por tu mano, formarán una galería única, y que, juntamente con la imagen de tu genio, ofrecerán la de tu país y de tu tiempo.»

§ 3. — LOS PERSONAJES

Quitad los personajes grotescos que no figuran más que para ocupar puesto y para hacer reír, y veréis que todos los caracteres de Dickens se comprenden en

dos clases: los seres sensibles y los seres que no lo son. Opone las almas que forma la naturaleza á las que deforma la sociedad. Una de sus últimas novelas, los *Tiempos difíciles*, es un resumen de todas las otras. Prefiere allí el instinto al razonamiento, la intuición del corazón á la ciencia positiva; ataca la educación fundada en la estadística, en las cifras y en los hechos; colma de desgracias y de ridículo al espíritu positivo y mercantil; combate el orgullo, la dureza, el egoísmo del negociante y del noble; maldice las ciudades de fábricas, de humo y de lodo, que aprisionan el cuerpo en una atmósfera artificial, y el espíritu en una vida ficticia. Busca pobres obreros, barqueros, un niño expósito, y abruma con su sano sentido, su generosidad, su delicadeza, su valor y su dulzura la falsa ciencia, la falsa felicidad y la falsa virtud de los ricos y de los poderosos que los desprecian. Escribe sátiras contra la sociedad opresora; escribe elegías á la naturaleza oprimida; y su genio elegíaco, como su genio satírico, encuentra á propósito, en la sociedad inglesa que le rodea, el campo que ha menester para desplegarse.

I

El primer fruto de la sociedad inglesa es la hipocresía. Madura allí á favor del doble soplo de la religión y de la moral, cuya popularidad y cuyo señorío allende el estrecho conoce todo el mundo. En un país donde

es escandaloso reír en domingo, donde el triste puritanismo conserva algo de su antigua animosidad contra la alegría, donde los críticos que estudian la historia antigua intercalan disertaciones sobre el grado de virtud de Nabucodonosor, se comprende que la apariencia de la moralidad sea útil. Es una moneda que conviene tener; los que no poseen la buena, la fabrican falsa, y cuanto más preciosa la declara la opinión pública, tanto más se falsifica. De ahí que ese vicio sea inglés. En Francia no puede encontrarse un Mr. Pecksniff: nos repugnarían sus frases. Si existe afectación entre nosotros, no es la de la virtud, sino la del vicio; el que quiera acertar no hablará de sus principios; gusta más confesar las flaquezas, y, si hay charlatanes, son fanfarrones de inmoralidad. Hemos tenido nuestros hipócritas, pero cuando era popular la religión. Después de Voltaire, no es posible un Tartufo. No se intenta ya afectar una piedad que no engaña á nadie ni conduce á nada. La hipocresía viene, se va y cambia, según el estado de las costumbres, de la religión y de los espíritus. Ved, si no, cuán conforme es la hipocresía de Pecksniff á las disposiciones de su país. La religión inglesa es poco dogmática y completamente moral. Pecksniff no ensarta, como Tartufo, frases teológicas; se explaya por entero en retahilas de filantropía. Ha marchado con el siglo. Se ha hecho filósofo humanitario. Ha dado á sus hijas los nombres de Mercedes y de Caridad. Es cariñoso, es bueno, se abandona á las efusiones de familia. Cuando van á verle, ofrece inocentemente el espectáculo de encantadoras escenas domésticas; ostenta un corazón de padre, los sentimientos de un esposo, la benevolencia de un buen amo. Hoy están en boga las virtudes de familia, y hay que rebozarse en ellas. En otro tiempo decía Orgon,

Con Voltaire y sin deísmo pro habito in hipocresía

aleccionado por Tartufo: «Así pudiesen padres, hijos y mujer, se me daría tanto como esto.»

La virtud moderna y la piedad inglesa piensan de otro modo: no hay que desdeñar este mundo por mirar al otro; hay que mejorarlo mirando al otro. Tartufo hablará de su cilicio y de sus disciplinas; Pecksniff, de su cómoda salita, del encanto de la intimidad, de las bellezas de la naturaleza. Procurará establecer la concordia entre los hombres. Tendrá todas las trazas de un miembro de la *Sociedad de la paz*. Expondrá las consideraciones más conmovedoras sobre los beneficios y la hermosura de la armonía. Será imposible escucharle sin enternecerse. Hoy los hombres son refinados; han leído muchas poesías elegiacas; su sensibilidad es más viva; ya no es posible engañarlos con el grosero descoco de Tartufo. Por eso Mr. Pecksniff tendrá ademanes de longanimidad sublime, sonrisas de compasión inefable, fervores, condescendencias, abandonos, perdones, ternuras, que seducirán á los más exigentes y embelesarán á los más delicados. Los ingleses, en sus parlamentos, en sus *meetings*, en sus asociaciones y en sus ceremonias públicas, han aprendido la frase oratoria, los términos abstractos, el estilo de la economía política, del periodismo y de los prospectos. Mr. Pecksniff hablará como un prospecto, con su misma oscuridad, con su misma jerga y con su mismo énfasis. Parecerá cernerse, por encima del mundo, en la región de las ideas puras, en el seno de la verdad. Tendrá las apariencias de un apóstol educado en la redacción del *Times*. Insertará ideas generales á cuento de todo. Encontrará una lección moral en el *beefsteak* que acaba de comerse. El *beefsteak* ha pasado, el mundo pasará también: acordémonos de nuestra fragilidad y de las cuentas que tendre-

mos que rendir un día. Al doblar la servilleta, se remontará á grandiosas consideraciones: «La economía de la digestión, al decir de algunos amigos míos anatómicos, es una de las obras más maravillosas de la naturaleza. No sé lo que experimentan los demás; pero, para mí, es una gran satisfacción pensar que, cuando gozo de mi humilde comida, pongo en movimiento la más bella máquina conocida. En tales instantes creo realmente cumplir una función pública.— Cuando he dado cuerda á este reloj interior, si puedo emplear tales palabras (dice Mr. Pecksniff con una sensibilidad exquisita), y cuando sé que anda, reconozco que la lección que da á los hombres hace de mí uno de los bienhechores de mi especie.»—Veis aquí un nuevo género de hipocresía. Los vicios cambian en cada siglo al mismo tiempo que las virtudes.

El espíritu práctico, como el espíritu moral, es inglés; á fuerza de comerciar, de trabajar y de gobernarse, ese pueblo ha adquirido el gusto y el talento de los negocios; por eso nos mira como niños y locos. El exceso de tales disposiciones es la destrucción de la imaginación y de la sensibilidad. El hombre se convierte por ese camino en máquina de especulación, donde se alinean cifras y hechos; niega la vida del espíritu y los goces del corazón; no ve ya en el mundo más que pérdidas y ganancias; se hace duro, codicioso, avaro; trata á los hombres como rodajes; un día se encuentra transformado totalmente en negociante y banquero; ha dejado de ser hombre. Dickens ha multiplicado los retratos del hombre positivo: Rodolfo Nickleby, Scroogs, Antonio Chuzzlewit, Jonás, el alderman Cute, Mr. Murdstone y su hermana, Bounderby, Tomás Gradgrind; los hay en todas sus novelas. Unos lo son por educación, otros por natura-

leza; pero todos son odiosos, porque todos ponen empeño en ridiculizar y destruir la bondad, la simpatía, la compasión, los sentimientos desinteresados, las emociones religiosas, el entusiasmo de la imaginación, todo lo bello que hay en el hombre. Oprimen á los niños, maltratan á las mujeres, condenan á los pobres al hambre, insultan á los desgraciados. Los mejores son autómatas de acero que cumplen metódicamente sus deberes legales y no saben que hacen sufrir á los demás.—En nuestro país no se ve esa clase de gente. Su rigidez no se compagina con nuestro carácter. En Inglaterra los produce una escuela que tiene su filosofía, sus grandes hombres, su fama, y que jamás ha arraigado entre nosotros. Ciertamente que nuestros escritores han pintado más de una vez avaros, negociantes y mercachifles; Balzac está lleno de ellos. Pero los explica por su imbecilidad, ó los presenta como monstruos curiosos, á ejemplo de Grandet y de Gobseck. Los de Dickens forman una clase real y representan un vicio nacional. Leed el siguiente pasaje de los *Tiempos difíciles*, y ved si Mr. Gradgrind no es todo un inglés en cuerpo y alma:

«Ahora bien: lo que yo necesito son hechos. No enseñe V. á estos niños más que hechos; hechos es lo único que hace falta en la vida. No siembre V. en los niños otra cosa, y desarraigue todo lo demás. V. no puede formar el espíritu de un animal racional más que con hechos; ninguna otra cosa podrá servirle nunca para nada. Con arreglo á ese principio educo yo á mis propios hijos, y con arreglo á él quiero que los niños se eduquen. ¡Aténgase V. á los hechos!»

«La escena pasa en una escuela de paredes desnudas, rasas y monótonas; y el dedo cuadrado del orador daba autoridad á sus observaciones, subrayando cada

frase en la manga del maestro de escuela. Realzaba esa autoridad la frente del orador, especie de muro cuadrado que tenía por base las cejas y sumía en la oscuridad las dos sombrías cavernas donde cómodamente se alojaban sus ojos. Todavía acrecentaba esa autoridad la boca del orador, una boca grande, delgada y severa. Aumentaba también esa autoridad la voz del orador, una voz inflexible, seca y dictatorial. Aumentaba asimismo esa autoridad el pelo del orador, que brotaba erizado á los lados de la calva cabeza, á guisa de plantación de pinos destinada á guarecer del viento la lustrosa superficie, cuajada de protuberancias, á modo de costra de pastel de ciruelas, como si aquella cabeza hubiese sido un almacén insuficiente para encerrar la dura masa de hechos acumulados en su interior. La actitud obstinada del orador, su levita cuadrada, sus piernas cuadradas, sus hombros cuadrados, su corbata misma, que le agarrotaba el cuello con su rígido nudo, como un hecho tenaz, todo contribuía á acentuar aquella energía.»

«¡En esta vida no necesitamos más que hechos, nada más que hechos!»

El orador, el maestro y la tercera persona adulta, allí presentes, retrocedieron un poco y recorrieron con la vista el plano inclinado de los cantaritos colocados en orden y dispuestos á recibir la lluvia de hechos que iban á derramar en ellos hasta que rebosasen (1).

«¡Tomás Gradgrind, caballero! El hombre de la realidad; el hombre de los hechos y del cálculo; el hombre que parte del principio de que dos y dos son cuatro, y nada más que cuatro, y á quien nadie hará afirmar otra cosa. ¡Tomás Gradgrind! ¡Tomás! ¿oye V.?

(1) *Tiempos difíciles*, pág. 1.

Tomás Gradgrind con una regla y un par de balanzas y la tabla de multiplicar en el bolsillo, dispuesto siempre á pesar y á medir cualquier partícula de la naturaleza humana, y á decirle á V. exactamente lo que vale. Es una pura cuestión de cifras, un simple caso de aritmética. V. podría lisonjearse de insinuar cualquier otra creencia absurda en la cabeza de Jorge Gradgrind, ó de Augusto Gradgrind, ó de Juan Gradgrind, ó de José Gradgrind (todos ellos sujetos ficticios, no reales); pero lo que es en la cabeza de Tomás Gradgrind, ¡eso no, señor!»

«En tales términos se presentaba siempre Mr. Gradgrind mentalmente, ya en el círculo de sus relaciones particulares, ya al público en general. En tales términos, sin duda, sin más que sustituir la palabra «caballero» con la palabra «niños», hacía Tomás Gradgrind en aquel momento la presentación de Tomás Gradgrind á los cantaritos alineados delante de él, y á quienes había que llenar de hechos hasta la boca (1).»

Otro de los defectos que produce la costumbre de dominar y de luchar es el orgullo. Abunda en un país de aristocracia, y nadie ha ridiculizado más duramente á una aristocracia que Dickens. Todos sus retratos son sarcasmos: lo es el de Santiago Harthouse, petimetre aburrido de todo, especialmente, y con justa razón, de sí mismo; lo es el de sir Frederick, mentecato burlado, embrutecido por el vino, que no sabe más que mirar fijamente á las personas royendo el puño del bastón; lo es el de lord Feenix, especie de máquina de frases parlamentarias, pero máquina descompuesta y casi incapaz de concluir los ridículos períodos en que se enreda; lo es el de mistress Skewton, horrible vieja

(1) *Tiempos difíciles*, pág. 4.

arruinada, coqueta hasta la tumba, que pide cortinas de color de rosa para su lecho de agonía, y pasea á su hija por todos los salones de Inglaterra para venderla á algún marido vanidoso; lo es el de sir Chester, malvado de buenas formas, que, por temor de comprometerse, se niega á salvar á su hijo natural, y se niega con afabilidad suma, acabando de tomar el chocolate. Pero la pintura más completa y más inglesa del espíritu aristocrático es el retrato de un negociante de Londres, de Mr. Dombey.

No buscaríamos ahí en Francia nuestros tipos; pero Inglaterra los tiene, dentro de esa clase, tan enérgicos como en nuestros más orgullosos palacios. Mr. Dombey, á imitación de un noble, ama su casa tanto como á sí mismo. Si desdeña á su hija, y desea un hijo, es para perpetuar el antiguo nombre de su banca. Tiene sus antepasados en el comercio, y quiere tener sus descendientes. Lo que él sostiene son tradiciones; lo que continúa es un poder. A esa altura de opulencia y con esa extensión de acción, es un príncipe, y, así como tiene la posición de un príncipe, tiene sus sentimientos. Veis aquí un carácter que no podía producirse más que en un país cuyo comercio abraza el mundo, donde los negociantes son potentados, donde una compañía de traficantes ha explotado continentes, sostenido guerras, derrocado reinos y fundado un imperio de cien millones de hombres. El orgullo de tal personaje no es cualquier cosa; es terrible: es tan tranquilo y tan altanero que, para encontrar algo parecido, hay que releer las *Memorias* de Saint-Simon. Mr. Dombey ha mandado siempre, y no concibe la posibilidad de ceder á nadie ni á nada. Recibe la lisonja como un tributo á que tiene derecho, y ve los hombres debajo de él, á una distancia inmensa, como se-

res nacidos para implorarle y obedecerle. Su segunda mujer, la altiva Edit Skewton, le hace frente y le desprecia; el orgullo del negociante choca con el orgullo de la joven noble, y las explosiones reprimidas de esa enemistad creciente revelan una intensidad de pasión que sólo podían contener almas así nacidas y alimentadas. Edit, para vengarse, huye en el aniversario de su matrimonio, y ofrece las apariencias del adulterio. Entonces es cuando se yergue en toda su altivez el inflexible orgullo. Mr. Dombey echa á su hija, á quien cree cómplice de su mujer; prohíbe á todo el mundo ocuparse de la una ni de la otra; impone silencio á su hermana y á sus amigos; recibe á sus huéspedes con el mismo tono y con la misma frialdad. Desesperado interiormente, devorado por el ultraje, por la conciencia de su derrota, por la idea de ser la irrisión pública, permanece tan firme, tan altanero, tan sereno como nunca. Activa más audazmente sus negocios y su ruina; va á matarse. Hasta aquí todo iba bien: la columna de bronce se había conservado íntegra é invencible; pero las exigencias de la moral pública perverten la idea del libro. En el momento crítico aparece su hija, le ruega, y se entenece. La hija se le lleva consigo; él se transforma en el mejor de los padres, y echa á perder una hermosa novela.

II

Volvamos la hoja. En oposición á esos caracteres ficticios y malos que producen las instituciones nacionales, encontráis seres buenos, tales y como los hace la naturaleza, y en primer término los niños.

Nosotros no los tenemos en nuestra literatura. El Joas de Racine no ha podido nacer más que en una obra compuesta para Saint-Cyr; además, la pobre criatura habla como hijo de príncipes, con frases nobles y aprendidas, como si recitase el catecismo. Hoy no se ven entre nosotros retratos de esa especie más que en los libros de Navidad, escritos para ofrecer modelos á los niños juiciosos.—Dickens ha pintado los suyos con una complacencia particular; no soñaba en edificar al público, y le ha cautivado. Todos los suyos tienen una sensibilidad extraordinaria; quieren mucho, y sienten necesidad de ser queridos. Para comprender esa complacencia del pintor y esa elección de caracteres, hay que considerar el tipo físico de las criaturas. Tienen una encarnación tan fresca, una tez tan delicada, una carne tan transparente, y ojos azules tan puros que parecen bellas flores. No es asombroso que un novelista los quiera, que atribuya á su alma la sensibilidad y la inocencia que brillan en sus miradas, que piense que esas delicadas y encantadoras rosas han de romperse entre las rudas manos que intentan doblegarlas. Hay que atender también á los hoga-